

Alemania! El sabio y piadoso Pontífice León XIII, ha querido concurrir al esplendor del culto de Santa Úrsula, reformando y retocando las lecciones de su fiesta.

II. ¿Será preciso, cristianos, añadir algún rasgo más al cuadro de la gloria accidental de nuestra insigne heroína? Pues digamos, para concluir, que no en vano depositan en ella su confianza los que la honran y promueven su culto entre los fieles. Criatura de Dios tan querida, ¿no obtendrá de la misericordia infinita cuantas gracias desee y pida en favor de sus devotos? Acreditado está el poder de su valimiento en el mundo católico, por las mercedes alcanzadas, que son innumerables. Ella vuela al socorro de los que la invocan, especialmente en el trance supremo de la muerte, en el cual favorece á los que en vida se le encomiendan.

Reverenciamos como se lo merecen, á estas vírgenes santísimas, y aprendamos con su ilustre ejemplo á pelear el buen combate contra los jurados enemigos de Dios y de nuestra salvación, el mundo hipócrita, el demonio artero y la carne corruptora. ¿Quién no sentirá la eficacia del ejemplo de Santa Úrsula? ¡Plegue á Dios, amados fieles, darnos valor y heroísmo en los combates de la vida para llegar á participar algún día de los premios eternos de la gloria! Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN VICTORINO, OBISPO Y MÁRTIR

(predicado en la iglesia parroquial de San José de Bogotá, 1897).

Tres veces vencedor del mundo.

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Ésta es nuestra victoria sobre el mundo, nuestra fe.

1 To. 5, 4.

Ilustrísimo Señor¹:

I. Celebra hoy esta grande é importante parroquia de Bogotá la festividad tradicional de su santo patrono, el glorioso obispo y mártir San Victorino. ¡Ojalá que todos los fieles de este barrio, sin faltar uno solo, se agrupasen hoy al pie de los altares para tributar el homenaje tan debido á su excelso protector y patrono! Nada más justo, amados fieles, que celebrar con la mayor solemnidad externa y con la más cordial devoción el triunfo del gran Siervo de Dios á cuyo patrocinio encomendó la Providencia el bienestar temporal y eterno de esta populosa sección de la Iglesia colombiana. Los pueblos no deben, no pueden olvidar á sus celestiales patronos, porque este olvido acusaría culpable negligencia en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y marcaría con nota de ingratitud á sus vecinos. Por eso me complace ver aquí al clero y al pueblo del barrio de San Victorino, presidido por el muy ilustre Cabildo de la santa Iglesia Metropolitana, solemnizando la fiesta del bienaventurado confesor de Cristo y prelado santísimo, cuyo solo nombre anuncia los magníficos triunfos obtenidos por la fe de Jesucristo. Pues ¿qué otra cosa es *Victorino* sino vencedor?

¹ El Venerable Capítulo de la Iglesia Metropolitana.

2. ¡Ah, cristianos! ¡cuán oportuno y conveniente no es en nuestros días, al fin del siglo XIX, conmemorar estas victorias de la fe cristiana de los tiempos primitivos, y ensalzar á estos héroes del siglo mismo en que vivieron y lucharon los Apóstoles, del siglo primero de la Iglesia! Entonces resonaba con toda su fuerza el acento del último Apóstol, del anciano Evangelista, que advertía á los fieles la necesidad de pelear y vencer, de pelear por la verdad, que es Cristo, y de vencer al mundo con todos sus errores y seducciones. Y *ésta es nuestra victoria sobre el mundo*, les decía, la pureza y verdad de *nuestra fe*¹. *Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo*, añadía el discípulo amado; y *¿quién es el vencedor del mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*² La fe en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo es el punto cardinal del cristianismo: por él combatieron los verdaderos cristianos durante diecinueve siglos, y combatirán hasta el fin de ellos con el anticristo, que no es otro que el mundo enemigo de Dios y de su Iglesia³. El día de hoy es preciso combatir aun con más denuedo y valor que en los pasados siglos, porque el nuestro es, como sabéis, siglo de incredulidad y de racionalismo ateo. Pero es preciso combatir aun más con obras de fe, que con palabras. *La fe sin obras es fe muerta*, como afirma el Apóstol Santiago⁴; y los cristianos de los primeros siglos, careciendo muchos de ellos de las luces de la sabiduría humana, combatían y vencían más con la santidad admirable de su vida y con la heroica fortaleza de su muerte, que con argumentos filosóficos y teológicos. Hoy mismo,

¹ 1 Io. ubi supra.² Ibid. vers. 5.³ Ibid. 2, 22.⁴ Iac. 2, 26.

amados fieles, vale más que la ciencia cristiana la conducta perfectamente ajustada á la santidad del evangelio; y, si creemos con fe viva, dando con nuestras buenas obras testimonio de la verdad de nuestras creencias¹, combatiremos victoriosamente contra el mundo, el demonio y la carne, tres enemigos conjurados contra el Señor y su Cristo. Así combatió nuestro santo patrono, el glorioso Victorino.

3. En efecto, el noble atleta tres veces vencedor por la fe práctica, triunfó heroicamente de su propia carne con los rigores inimitables de su penitencia, triunfó, del mundo con la santidad de su pontificado, y triunfó finalmente, del demonio con la fortaleza de su insigne martirio. ¡Dígnese el Padre de las luces² darnosla suficiente para comprender la grandeza de este triunfo y encendernos en deseos de imitarlo! Á este fin invoquemos, etc. *Ave María*.

I.

4. Interesante por demás es la historia del glorioso mártir cuyas glorias celebramos. Ella nos presenta todas las fases de la vida cristiana, la inocencia, la práctica de la más sublime perfección, la penitencia, el apostolado y, por conclusión y coronamiento, el martirio. Nacido de padres cristianos Victorino, en un siglo en que la tierra veíase toda cubierta de paganos, no cabe duda sobre la pureza de su corazón y la santidad de sus costumbres durante la niñez y la adolescencia, supuesto que tal era el distintivo de los fieles en aquella feliz época en que á todos les cuadraba el calificativo de santos³. ¡Oh tiempos venturosos aquéllos en que el

¹ 1 Tim. 5, 10.² Iac. 1, 17.³ Eph. 5, 3.

gran Apóstol de las gentes se llamaba á sí mismo el menor de los santos!¹ Sobrado conocido es de todos, amados fieles, el cuadro de las virtudes cristianas que ofrecía en espectáculo grato al cielo y á la tierra la vida de los neófitos de la Iglesia primitiva. ¡Qué candor infantil el que brillaba en aquellas almas recién nacidas á la gracia! *Como infantes acabados de nacer*, decía el Príncipe de los Apóstoles, *apeteced con ansia, sin doblez, la leche del espíritu, para que vayáis creciendo con ella en salud y robustez*². No había entre ellos disimulación ó hipocresía, ni murmuración ni envidia, siendo todos un solo corazón para amarse como hermanos, y una sola alma para amar á Dios³. Era aquello un verdadero prodigio, nunca visto ni soñado en el mundo, era la vida de Jesucristo reflejada en todos los creyentes⁴. Mas no hemos de creer, mis amados hermanos, que todas las nuevas plantas del jardín de la Iglesia fuesen iguales en verdor y lozanía de santidad. Porque si, como afirma el Apóstol, hay grados y diferencias de gracias entre los mismos santos⁵, también debía de haberlos en la virtud y perfección, según observa San Agustín⁶. Victorino y su hermano carnal Severino, fueron del número de los que sobresalieron por la alteza de sus virtudes extraordinarias. No contentos con las prácticas comunes á todos los discípulos de los Apóstoles, de piedad, mortificación y caridad, estos generosos atletas del cristianismo, dueños en su orfandad de una cuantiosa fortuna, aspiran á una vida de perfecta abnegación y desprendimiento de lo temporal, y así distribuyen pró-

¹ 1 Cor. 15, 9.² 1 Petr. 2, 3.³ Act. 4, 32.⁴ 2 Cor. 4, 10.⁵ 1 Cor. 12, 5.⁶ Sunt alii aliis sanctiores, etc. (*Aug.*, Tract. 6 in Io., ante med.).

digamente todos sus bienes entre los pobres de Cristo, quedando voluntariamente reducidos á una total indigencia. Pero ¿cómo puede llamarse indigente aquel que, no queriendo nada del mundo, de nada necesita? Tal fué el generoso Victorino, quien, rotas ya las cadenas que le sujetaban á la vida social, hace el sacrificio de dejar á su hermano para retirarse á la soledad del yermo á vivir allí vida eremítica, entregado exclusivamente á la oración, cual morador de las regiones del cielo entre los ángeles¹. ¡Oh fuerza maravillosa de la fe cristiana! ¡cómo desases enteramente el corazón humano de todas las afecciones de la carne y de la sangre! Tú haces á Victorino, noble ciudadano romano, despreciador de todas las grandezas y comodidades del siglo: tú le arrastras á la espesura de la sombría montaña para sepultarle allí en una cueva entre las fieras del bosque: tú le elevas desde allí á las alturas de la contemplación, donde se cierce entre los bienaventurados. Pero ¡ay, hermanos míos! ¿qué estado, qué lugar en la tierra se encuentra exento de tentaciones y peligros?

5. He ahí á Satanás, envidioso de la felicidad de nuestro Santo, tramándole asechanzas para derribarle del tercer cielo adonde parecía haber subido en alas de la caridad². Paréceme ver á Luzbel en medio de los hijos de Dios ante el trono del Altísimo, como se nos describe en el libro de Job³, pidiendo que le dejase tocar con su cola serpentina á la carne del anacoreta, para ver si no flaqueaba la fortaleza de aquella virtud al parecer inquebrantable. *Tange os eius et carnem, et tunc videbis, quod in faciem benedicat tibi*: «Déjame

¹ Phil. 3, 20.² 2 Cor. 12, 4.³ 2, 5.

escurrirme por la grieta de su cueva en forma de mujer liviana, déjame tocarle solamente con la punta del pie, y verás derribada en un punto aquella austera virtud y perdida la inocencia.» Así hablaba el pérfido Satanás, y, por desgracia, esta vez fué más afortunado en su proyecto que cuando se propuso derribar al Patriarca de Idumea. ¡Ay! que, como dice el pío autor de la *Imitación de Cristo*, no hay castidad segura si Dios no la protege. Victorino, engañado primero por la compasión hacia una pobre mujer que se decía extraviada en aquella soledad, dándole imprudentemente asilo en la estrechez de su gruta, expuesto á los embates de una tentación violenta, inflamado por el fuego de la pasión que parecía ya extinguida en su carne casi muerta, vino finalmente á despeñarse, no fuera más que por un instante, y hallóse manchado en la presencia de aquel que *descubrió el desorden en sus mismos ángeles*¹. ¡Caída pavorosa, hermanos míos, capaz de hacer temblar á los más fuertes! ¡Triunfo momentáneo de Satanás sobre el siervo del Señor, pero que, permitido por Dios mismo, el cual sabe sacar bienes mayores de los males que permite², no sirvió sino para enaltecer la virtud de nuestro Santo, y cubrir de oprobio y confusión al perverso enemigo de las almas.

6. En efecto, carísimos oyentes: ¿quién podrá describir los rigores de penitencia con que el atleta de Cristo, derribado sólo por un momento y levantándose de presto con mayor vigor que antes, toma venganza de sí mismo y triunfa heroicamente y para siempre de todas las flaquezas de la carne miserable? Tres años,

¹ Iob. 4, 18.

² S. Augustinus.

oído bien, cristianos, tres años de acerbísimos tormentos voluntariamente impuestos á su cuerpo por el magnánimo Victorino, fueron la pena de un instante de debilidad; y todavía prolongara por más tiempo sus rigores, si el obispo de Aquila no le obligara á suspenderlos. Pero ¿queréis saber cuál fué el castigo que se impuso el valeroso soldado de la fe? Pues fué tan espantoso, raro y nunca visto, que no pudo ser sino inspirado por el Espíritu de Dios, y ninguno pudiera practicarlo sin esa especial inspiración¹. Oíd la narración que nos han transmitido los historiadores eclesiásticos. Agobiado de confusión por su delito, fué en busca de su hermano Severino, confesóle el engaño del demonio de que había sido víctima, y rogóle que le ayudase á ejecutar el designio que había concebido, y era el de sujetarse á un árbol, las manos metidas, como en prensa, entre la hendedura practicada con este fin, quedando preso con candado y llave, de suerte que jamás pudiese sacar de allí las manos ni aliviar su horrible situación. ¿Qué os parece, hermanos míos, de semejante género de penitencia, mejor diré, de tan horroroso suplicio? Pues él se ejecutó como lo dispuso Victorino, respetando tanto el hermano como el santo obispo á quien éste consultó el caso, la voluntad divina manifestada, á su parecer, claramente; y, lo que á la verdad parece increíble, duró aquel tormento, como dejo dicho, tres años enteros, no alimentándose en todo este tiempo el santo penitente sino de ocho en ocho días con un poco de pan y agua, y llorando amargamente sin tregua ni descanso su pecado. Cosas son éstas, hermanos carísimos, que apenas consiente en oírlas nuestro siglo, degenerado del espíritu cristiano;

¹ Spiritus ubi vult spirat. (Io. 3, 8).

hechos son que á los mismos cristianos de fe poco robusta pueden causarles admiración y hasta escándalo, no concibiendo que tales asperezas puedan ser del agrado de un Dios todo misericordia y bondad. ¡Ah, cristianos! ¡qué lejos estamos de la fe de nuestros padres! ¡qué ideas nos forjamos de los atributos insondables de Dios! Debíamos reflexionar más bien en aquella terrible verdad proclamada por San Pablo: *Dios no perdonó, en su justicia, á su propio Hijo, sino que por nosotros lo entregó á los tormentos y á la muerte*¹. Y ¡qué muerte! y ¡qué tormentos! ¿Cómo, pues, no exigirá rigurosa expiación al pecador? Estos ejemplos, ciertamente inimitables al común de los hombres, debieran persuadirnos, por una parte, de la gravedad del pecado á los ojos de la fe cristiana, gravedad que sobrepaja todos nuestros cálculos, y, por otra, de la fortaleza más que heroica que inspira el cristianismo, convirtiendo en verdugos de sí mismos á los pecadores arrepentidos, para satisfacer á la divina justicia hasta donde puede hacerlo una criatura. Pudiera también añadir que estos ejemplos extraordinarios eran convenientes en aquellos tiempos de escandalosa corrupción pagana, á fin de inspirar á los neófitos del cristianismo el horror debido á la recaída en los desórdenes lavados con las aguas del bautismo. De donde también nació la severidad entonces acostumbrada, de las penitencias llamadas canónicas, impuestas por la Iglesia á los públicos pecadores. Entre tanto ¡qué victoria tan brillante la obtenida por el glorioso San Victorino sobre el demonio y la carne! Veamos, ahora, cómo vence al mundo con la santidad de su gobierno pastoral.

¹ Rom. 8, 32.

II.

7. Los sacerdotes y principalmente los obispos, en su calidad de sucesores de los Apóstoles, estaban destinados por el Salvador para luchar cuerpo á cuerpo con el mundo, enemigo jurado de la verdad y la virtud que había venido á implantar en la tierra el evangelio de Cristo. El mundo pagano, esto es, la sociedad de Roma y del Oriente, corrompida hasta la medula de los huesos, al par que infatuada con su ciencia y su civilización material, habían de presentar abierta y tenaz resistencia á las doctrinas purísimas de la religión cristiana; y era el sacerdocio quien había de combatir y vencer con la palabra y el ejemplo la brutal contradicción del mundo. *El mundo os aborrecerá*, había dicho á los suyos el divino Maestro, *el mundo os hará guerra á muerte; pero confiad, que yo he vencido al mundo, y vosotros habréisle de vencer también*¹. Á recoger estos gloriosos laureles fué también llamado nuestro patrono, elegido por Dios de un modo milagroso para la dignidad episcopal en su misma patria. Y ved primero cómo le prepara el Señor para este sublime ministerio. El perfectísimo penitente, demacrado en el cuerpo hasta quedar reducido á un cadáver, apenas animado por el vigor del espíritu, aparece ya á los ojos de la multitud con todos los caracteres de un santo. Aquella penitencia heroica le ha santificado por modo excelentísimo. Bien se conoce cuánto se ha complacido el Señor en el sacrificio de su siervo. Todas las virtudes cristianas resplandecen en su vida y aun en su aspecto, que le atrae la pública y universal veneración. Hay más todavía. Dios glorifica á su servidor con el don de hacer mi-

¹ Io. 16, 33.